

# La ilusión democrática. Los límites del discurso político.

Santiago López Petit

*Una palabra se alza como hilo conductor del presente artículo: "complejidad". En efecto, complejidad ante toda suerte de hechos que están configurando las últimas décadas y ante el nacimiento de diversos modelos sociales que han suplantado el discurso obrerista. El derrumbe de la izquierda en el Este y el surgimiento de un lenguaje indefinido no son sino partes de esa deconstrucción de la que nos habla el autor, en la cual está implicado un vacío moral que el llamado pensamiento débil ha banalizado.*

## UN FANTASMA RECORRE EUROPA

La rápida caída de los capitalismo de Estado existentes en la URSS y en los países mal llamados comunistas ha abierto un nuevo e inesperado espacio-tiempo para la experimentación social y política. La desaparición de la guerra fría y el consiguiente final de la bipolarización del mundo ha coincidido, sin embargo, con la crisis de los dispositivos narrativos emancipatorios que el imaginario colectivo hacía suyos y, también, con una paralela exorcización de "lo político" y una progresiva anulación de "lo social" en la reflexión teórica. El giro ético (hacia la justicia, el diálogo... o hacia la construcción artística del propio Yo) como manera de evitar pensar el déficit de "lo político", o la psicologización individualizadora de "lo social" como forma de reducir la complejidad de su ambivalencia, son algunos, son algunos ejemplos de posiciones extendidas a las que habría que añadir, por supuesto, sus "contrarios": el tratamiento de choque de la aproximación sistemática y la banalización del vacío moral que hace el pensamiento débil. No es de extrañar que desde estos planteamientos perfectamente compatibles con una absolutización de la democracia como límite insuperable, esa noche del siglo en la que nos hallamos, esté atravesada por un desbocado sucederse de acontecimientos incomprensible y/o peligrosos.

Pretender calificar de "portadores de entropía" el surgimiento disgregador de los nacionalismos, la subida del populismo en sus diversas variantes o el ascenso del abstencionismo electoral es, empleando una antigua terminología, esencialmente mistificador. Y se trata de un tratamiento mistificador por cuanto oculta que más allá del desorden —o como efecto de su presencia y gracias a la apertura histórica hoy producida— tiene lugar una inmensa y profunda crítica y deconstrucción del discurso político. Pero para reconocerlo es necesario admitir que la oposición democracia /totalitarismo en la que tantos intelectuales se habían cómodamente asentado, en el fondo, era una simple justificación de lo existente. Efectivamente un

impresionante movimiento deconstructivo del Universal recorre Europa: *contra el Todo, la reivindicación de la particularidad*; ya sea este Todo la (gran) Nación, el Estado central o el Sistema de Partidos. Aquí podríamos recordar, por ejemplo, el proliferar nacionalista (desde Escocia hasta los países que componían la URSS), el fenómeno de las Ligas en Italia, y la reciente abstención electoral en Cataluña que ya ha alcanzado la mitad del censo.

Evidentemente no hay que engañarse. Esa deconstrucción del discurso político que "lo social" efectúa, está bloqueada por falta de radicalidad y *no es, por tanto, la nuestra*. En dicho movimiento la reivindicación de lo Otro, de la diferencia, se degrada en identidad e, inmediatamente, en desigualdad entre identidades. Con todo, su aparición ha sido lo suficientemente contundente para descolocar a los restos de una izquierda todavía mareada ante el derrumbe vertiginoso de los países del Este. Ya se perfila, no obstante, que su reacción será utilizar una "nueva" política de tipo frentista: contra el avance del fascismo, el racismo, etc. más algunas gotas de ecologismo e incluso independentismo si se tercia, para recrear su identidad perdida. Una vez más, confundiendo causas con efectos, se renuncia a intentar imponer *otra* forma de deconstrucción, lo que desgraciadamente es inevitable, pues la izquierda prefiere por encima de todo evitar el análisis del concepto de discurso político y de sus múltiples implicaciones. Este rechazo, como veremos al estudiar algunas de las formulaciones más interesantes que aún se reclaman de un proyecto emancipatorio<sup>1</sup>, no es sorprendente ya que la crítica de la política, en la medida que se desarrolla como des-teologización, nos obliga a renunciar a muchas seguridades.

<sup>1</sup> Me refiero a los planteamientos políticos desarrollados a partir del marxismo *operaista* italiano y también de la filosofía del deseo francesa. No se trata, por tanto, de un análisis de la obra filosofía concreta de T. Negri o de F. Guattari y G. Deleuze, cuya importancia requiere un tratamiento mucho más pormenorizado.

## EL ANTIGUO DISCURSO POLÍTICO

El “antiguo” discurso político de transformación social que gira en torno a la afirmación de una política de clase, o mejor, del modelo “la clase obrera contra el capital” presenta como es notorio fuertes connotaciones teológicas. Dicho modelo se articula alrededor de la tríada *realidad-negatividad-posibilidad*. En la versión más grosera existe una dialéctica finalista que da profunda coherencia al discurso. Se hipostatiza un Final externo que puede/debe alcanzarse y que por su sólo estar ahí, da sentido a cada uno de los momentos del proceso, a cada una de las acciones. Este camino de esperanza que transcurre por la necesaria caída y rendición final, ha sido muy a menudo desvelado como religioso y hoy está en profunda crisis. Podríamos decir que la caída de la tasa de ganancia —interpretada de modo objetivista— ha sido considerada usualmente como el sostén lógico de la necesidad propia del proceso revolucionario. El voluntarismo ético, desde otra óptica, también ha servido para este cometido.

Este discurso político puede depurarse sustancialmente y, entonces, llegamos a planteamientos de clase mucho más interesantes. Eliminemos el Final como *posibilidad* última, desvinculemos por tanto la negatividad del Todo; que la realidad finita en su negación no sea la restauración del Todo sino sólo un momento negativo de un proceso abierto. La clase obrera, porque es negatividad frente al capital, se constituye como una posibilidad real. Ahora ya no se trata de un proceso idealista y, en último término estático, regido desde un Final. Estamos ante un proceso material cuyo moto es inmanente al mismo. La clase obrera en la práctica del enfrentamiento de clases puede constituirse como tal clase, levantar su autonomía y su autoorganización. Ella misma es la posibilidad. Al eliminar el Final hemos renunciado a una precomprensión totalizada del tiempo. Nos queda ahora, solamente, una concepción del Ser como *poder ser* en cada uno de los instantes de un tiempo que se va abriendo ante él.

## EL NUEVO DISCURSO POLÍTICO

Pronto —y ese pronto designa un proceso histórico no concluido— esta “vieja” manera de hablar se hace insatisfactoria. “Lo que” funcionaba como sujeto —es decir, como organización de sentido de lo que ocurría— deja de hacerlo. El capital parece haber destruido algo más que una composición de clase determinada. La crisis lejos de multiplicar el antagonismo obrero lo reconduce. Desplazamiento político, económico, cultural... de la fábrica, y subsiguiente caída de la centralidad obrera son las características principales de un proceso complejo que conlleva, por otro lado, la emergencia de prácticas y comportamientos cuya matriz ya no es el sistema productivo.

Como resultado de estas transformaciones sociales que meramente indicamos, surge otro discurso político revolucionario que quiere romper con el antiguo modelo “la clase obrera contra el capital” y que termina reproduciendo lo que es esencial en él. Gira en torno a la tríada *realidad-diferencia- posibilidad*. La *negatividad* de la clase obrera, el estar desposeída del producto de su trabajo y emanciparse en cuanto niega al capital, es sustituida por su *afirmación*. Afirmación de los valores de uso, de las necesidades radicales... Se avanza hacia un concepto de clase definido cada vez más en términos de subjetividad. Asistimos, por tanto, a la crisis de la identidad trabajo y a su explosión en “lo social”. Si la clase obrera hablaba un solo lenguaje, “lo social” habla infinitos lenguajes que agudizan la crisis de legitimación del sistema. A la crisis del sujeto, le sucede una multiplicidad de sujetos. Al hundimiento del Movimiento Obrero, el nacimiento de los más diversos movimientos sociales. La contradicción central consiste en la emergencia de las diferencias subjetivas que se oponen a las formas de poder y control social. “Lo social” se construye como absolutamente irreducible al poder, pero en dos formulaciones distintas. En una “lo social” experimenta un proceso constitutivo que se despliega en su afirmarse. Volvemos a interiorizar en él la categoría de *la posibilidad*, a concebir “lo social” como un *poder ser*.

En la otra formulación, se piensa “lo social” ya como lo completamente Otro, y no se requiere proceso constitutivo alguno. Al suprimir en su realización la estructura de la posibilidad, al negar de algún modo la necesidad de un proceso afirmativo-acumulativo, se desemboca en una cierta metafísica del Otro, de la diferencia. Un Otro cuyo serno es un “poder ser”, su ser es, sencillamente, “ser ante los ojos” aunque infinitamente múltiple en su afirmarse diferente.

Detrás de “lo social” no es válida una lógica dialéctica. No hay teleología. Ha cambiado el motor, la diferencia sustituye a la negatividad. Permanece, sin embargo, la estructura de la posibilidad y una irreducibilidad absoluta difícil de explicar.

## “LO SOCIAL” Y EL DISCURSO POLÍTICO

¿Y si resulta que nunca podemos mirar cara a cara “lo social”, que sólo vemos las representaciones que nosotros mismos hemos construido y que en ciertos momentos han funcionado dando un sentido a la historia? Si, podemos, en cambio, mirar al poder frente a frente. Hemos aprendido a rastrearlo siguiendo sus efectos. A través de múltiples tramas, senderos insospechados, nos hemos ido acercando a él. Podemos hablar del poder. El discurso político, en el fondo, únicamente habla del poder. “Lo social”, por el contrario, huye y es representado en función de lo que no es. Podría haber una extraña alianza entre el pensar y el

hablar que nos ocultara lo que más interesa, y nos obligase a concebir “lo social” siempre como el Ser del no-Ser en las formas analizadas. A “lo social” le repugnan estas categorías constitutivas que tratamos de aplicarle para que no se convierta en algo inaprensible. Nos gusta pensar que el ser antagonista se acumula y crece de manera similar a la mancha de aceite que se extiende hasta recubrirlo todo. Sí, podemos admitir rupturas, desplazamientos, cambios de ritmo... infinitas correcciones de un movimiento acumulativo que se desencadena en el interior de un tiempo pensado, en última instancia, como homogéneo.

Sobre la hipótesis de la existencia real de los procesos constitutivos y de las irreductibilidades presencializadas se han levantado todas las mediaciones políticas, tanto teóricas como prácticas, que perseguían un cambio revolucionario. Podríamos quizás invertir el razonamiento. Para justificar la existencia de las mediaciones políticas (partidos, etc.) nos hemos inventado dicha realidad. Después de la crisis de la identidad-trabajo que permitía dar un sentido a la historia y a nosotros mismos, se está más dispuesto a admitir que el tiempo no es necesariamente homogéneo y acumulativo. Que el tiempo es múltiple y que los procesos constitutivos son las pequeñas islas de un archipiélago. Y es iluso querer juntar islas para conseguir un continente de tierra firme. La realidad es más compleja. Esas islas de determinismo en las que se desarrollan procesos necesarios y diferentes, bien podrían estar interconectadas por una misma plataforma submarina. Pero de esto nada sabemos. ¿Y si entre *el pensar y el discurso político* se establece un círculo del cual no salimos? Pensamos utilizando categorías constitutivas, y en el hablar se despliega el discurso político. Inversamente, hablamos de transformar la sociedad, construimos un discurso político, y lo hacemos pensando mediante categorías constitutivas.

#### NADA QUE SALVAR

Si es cierto lo que aquí únicamente se apunta, “lo social” se nos escaparía. Más exactamente: el discurso político sería impotente para hablar directamente de “lo social”. Mientras, paradójicamente, su hablar del poder no podría hacerse más que en referencia a esa irreductibilidad inencontrada. Ya Parménides cuando quiso hablar del Ser se dio cuenta que tenía que referirse al no-Ser, aunque fuera para negarlo inmediatamente. Otros luego se encargarían de buscarle representaciones. En definitiva, desde esta otra perspectiva se podría decir que el discurso político —este discurso que quiere vehicular “lo político” y que surge del *círculo pensar-hablar*— es siempre legitimador del poder. Lo que no legitima el poder, no habla. No hablar, no quiere decir callar y asentir.

Entre los dos discursos, el viejo y el nuevo, hay

demasiadas semejanzas en sus aspectos formales para poder constatar una verdadera ruptura. Da la impresión como si existiera, en todo momento y en ambos, un intento de “salvar las apariencias” de la realidad. De la misma manera que los antiguos astrónomos inventaban continuamente nuevos artificios matemáticos para explicar los movimientos aparentes de los planetas y se resistían a abandonar el movimiento circular considerado ideológicamente como el más perfecto.

En nuestro caso habría que salvar “la práctica revolucionaria” por encima de todas las cosas. Aunque para ello, el discurso político se reduzca más que nunca a un discurso del “como si”. Hay que hacer “como si” en la realidad hubiera procesos constitutivos, como si “lo social” fuera una representación (*poder ser, ser Otro*) con un movimiento propio que culmina necesariamente en un enfrentamiento general. Nos seguimos moviendo dentro del *círculo pensar-hablar*. Quizá hay otra vía. Intentar escapar de él. Salir del círculo es *avanzar en la desconstrucción del discurso político*. Es iniciar otra forma de aproximación a “lo social” y, para ello, hay que renunciar al aspecto más tradicional de todo proyecto revolucionario histórico: la emancipación como alternativa. Sólo permanece su otra característica, el elemento lúdico, el juego de la subversión. ¿Por qué nos cuesta tanto aceptar algo que aparentemente es simple? Que la emancipación nunca será en sí misma, sino como *efecto* de este juego, que el pensamiento crítico no debe tener la pretensión de ser unidad con la realidad... Todo discurso político lleva siempre la esperanza en la categoría de *posibilidad*. Y ya se ha visto que no es algo accidental dada su estrecha relación con la concepción del Ser. La condición de posibilidad para salirnos del discurso político —lo que no supone en absoluto olvidar “lo político”— es la renuncia a la categoría de posibilidad en todas sus formas. Dicho con otras palabras. Hoy, *la crítica de la política* empieza criticando la esperanza y, más en concreto, *la estructura de la espera*, que la sostiene. El núcleo teológico que sobrevive siempre, y que todo poder promueve. La sospecha que se abre camino es la siguiente: *lo subversivo* es llevar hasta el final la no-esperanza. Y esta vía es, por lo demás, la única que pensando “lo social” sin encerrarlo en la identidad nos acerca a sus movimientos implosivos (abstencionismo, localismo...). Ciertamente esa convergencia no es garantía de nada ni promesa alguna puesto que las formas de *desconstrucción del discurso político*, de crítica de la democracia, no son las mismas aunque tampoco totalmente opuestas. Intervenir políticamente hoy, es pensar esta relación de convergencia desde su mismo interior, es decir, asumiendo todo el riesgo que ella encierra. Pero como señalaba Hölderlin: “Allí donde hay peligro, allí crece igualmente lo que salva”.